

ron darme en los primeros años. He cometido faltas, y conseguido rehabilitarme; he sido una infeliz, y padecido hambre y sed, como también los rigores de la lluvia, del viento, del frío. Actualmente, visto de seda y terciopelo y vivo rodeada de insignes artistas, y, sin poderme llamar rica, puedo, fijando mi renta en mil francos mensuales, pasar el resto de mi vida al abrigo de las necesidades. Concediendo al doctor Graham otros tres meses de sesiones, habría llegado a millonaria. No quise; Rowmney me gustaba, y preferí entregarme a él.

—¿Ha accedido usted a que viniese a verla cuando Rowmney hubiese salido, para decirme que él, y no otro, es el afortunado mortal que usted ama?

—Exacto; porque, teniendo que hablar con usted de asuntos serios, puesto que de ellos depende el porvenir de usted y el mío, es preciso que me explique con toda franqueza.

Sir Carlos lanzó un suspiro.

—¿Prefiere usted volverse loco?— continué diciendo.

—No la entiendo.

—¿No me tiene usted dicho: *usted será mía, Emma, o me volveré loco?*

—Es cierto.

—Puede bien, como yo no puedo ser suya sino bajo ciertas condiciones, necesario es que se las haga conocer.

—Expóngalas.

—He definido ya mi posición. He aceptado el amor de Rowmney, sin sentirlo yo muy profundo; pero, como que se cede a un hombre galante, para no continuar viviendo sola en el mundo, para tener un apoyo, Rowmney me ama, y yo le soy fiel. Nuestra vida corre apacible y serena; no tengo ningún motivo para preferir otra, a no ser (dígalo usted bien, milord) que se me brinde una posición, no pecuniaria, sino social más brillante. ¿Me ama usted lo bastante para volverse loco? En este caso, por su amor será usted capaz de hacerme su esposa.

Sir Carlos Greenville dió un salto en la silla.

—¿Casarme con usted?— exclamó.

—Milord—le dije,—cuando esté usted dispuesto a contestarme de otro

modo que no sea dando un salto de sorpresa, tendré la honra de recibirle. Entretanto, no tome usted a mal que me prive del honor de su conversación y del placer de su presencia.

Dicho lo cual, le saludé con un movimiento de cabeza y me retiré a mi aposento, dejándole solo en el taller.

Transcurrieron tres o cuatro días sin volver a ver a sir Carlos Greenville.

XXV

Rowmney continuaba observando conmigo una conducta intachable; yo llenaba sus ambiciones en la doble esfera del amor y del arte, como amante y como modelo. Es cierto que sus trabajos más notables en pintura salieron de su pincel en la época de nuestra vida marital. Estaba él tan en boga a la sazón, que, a pesar de ser muy dilapidador, economizaba veinte o veinticinco libras esterlinas cada día. Tratábase a lo príncipe: tenía a su servicio tres o cuatro criados, y disponía de cuatro caballos y dos coches.

Recibíamos tres veces por semana; las otras tres noches, íbamos a pasear o al teatro.

Nuestras relaciones participaban de todos los encantos de la simpatía, sin verse jamás turbada por las borrascas del amor.

Cuatro días después de la explicación que había tenido con sir Carlos recibí nuevamente su visita.

Recíble como si nada hubiese pasado entre los dos, por cuanto no me inspiraba ni repugnancia ni afección. Le había planteado condiciones, sin desear que las aceptase; antes bien, para adoptar una actitud franca ante él, que no movida del deseo de llegar a llamarme lady Greenville.

Se me acercó varias veces y me habló en voz baja; pero, como quiera que

se abstuvo de abordar la cuestión, no pudo arrancarme una sola palabra relacionada con el estado de su ánimo.

Sea que Rowmney comprendiese que sus celos habrían sido ridículos, sea que tuviese confianza en mí, que vivía con él, sin pedir y hasta sin aceptar cosa alguna, sea, en fin que, al igual que yo, considerase nuestro contubernio como una cosa que no envolvía ninguna obligación ni de su parte ni de la mía, y que no debía durar sino el tiempo que ambos quisiéramos que durase, lo cierto es que no se había mostrado nunca alarmado por los cumplidos que me prodigaban.

Una vez me había dicho: Queda convenido; ¿no es así? que ninguno de los dos somos lo bastante necios para engañarnos mutuamente. Soy doblemente feliz como amante y como artista; pero de ningún modo me obligo a nada, ¿lo entiendes bien? Es probable que no seré yo el primero que se canse de nuestro compañerismo; pero, si eso llegase a suceder, te lo diría, convencido de que me perdonarías la franqueza y que continuaríamos como buenos amigos. Solicito de ti el mismo proceder.

Oído lo cual, tendíle la mano en demostración de asentimiento.

Estaba resuelta a hablarle del amor de sir Carlos, tan pronto como ese amor se manifestara de un modo más determinado. Para no tener que dirigirme ningún reproche a mí misma, había resuelto no recurrir a la menor coquetería cerca de sir Carlos.

¿Habrá que decirlo? Con el instinto de la mujer, yo adivinaba que toda mi fuerza sobre sir Carlos, y lo que acaso determinaría mi triunfo, se fundaba en la absoluta ausencia de todo deseo por parte mía.

Al otro día, en ocasión de haber salido Rowmney para ir a pintar un retrato en casa de lady Craven, que más tarde fué la famosa marquesa de Anspach, el criado anunció a sir Carlos Greenville.

Respondí que estaba pronta a recibirle.

Entró muy pálido y excitado.

Sonriente, le indiqué con un signo que tomase asiento.

—Querida Emma—dijo,—me es imposible continuar en esta indecisión.

—¿Indecisión?—repetí yo.—Me parece que no había en el mundo una situación mejor definida que la planteada por mí.

—¡No estaría yo indeciso si fuese libre!... Sepa usted que poco le ha faltado para que no volviese a verme.

—¿Cómo es eso? ¿Por ventura ha cruzado por su mente la idea de la muerte? Déjelo usted, a lo menos, para el mes de octubre, que es el de los suicidios.

—No, no quiero tampoco aparecer a sus ojos con esta abnegación o con este ridículo. He aquí la verdad llana... Usted, Emma, tal vez ignore que yo tengo un tío muy rico, marido de una hermana de mi madre. Escocés de nacimiento y hermano de leche del rey Jorge IV, es mi tío un verdadero sabio, profundo conocedor en arqueología, en geología... ¡qué sé yo! Llámase sir Guillermo Hamilton, y de él espero toda mi fortuna, porque de mi personal patrimonio, no me queda nada, o casi nada.

—¡Vaya, milord! ¿De dónde proceden, pues, los dispendios que usted sostiene?

—Del empleo que desempeño en el ministerio; pero, si éste sufre un cambio, si mister Fox, que es condiscípulo mío y mi protector, deja la cartera, pierdo mil quinientas libras esterlinas de sueldo que me produce mi credencial, y no me queda otro recurso que mi tío. Pues bien, querida Emma, ese tío me escribe diciéndome precisamente esto que yo digo ahora a usted, y me ofrece el cargo de primer secretario en la embajada de Nápoles, y para después de su muerte, no solamente la sucesión de su empleo, sino también la perspectiva de su cuantiosa fortuna. Un instante he vacilado entre aceptar o rehusar; pero, comprendiendo que me sería imposible la vida lejos de usted, he rehusado.

—Mal hecho.

—¿Y tiene usted el valor de decirme lo?

—Sí; rehusando, ha cometido usted una primera torpeza, y casándose conmigo (porque usted se casará conmigo si es verdad que por mí ha rechazado aquella oferta), y casándose conmigo, repito, cometerá la segunda.

—No es usted pródiga de consuelos.

—Soy sincera. Créame usted, sir Carlos; si no ha cursado todavía la carta para su tío, rásguela; si ya la ha cursado, escriba otra rectificando el sentido de la anterior. Casádonos, tanto usted como yo haríamos un mal negocio. Yo subiría, quizás; pero usted, en cambio, resultaría con toda seguridad perjudicado.

—¿Equivale esto a decirme que se retracta, que retira su promesa, y que, ni aun con el ofrecimiento de tomarla por esposa, nada puedo esperar de usted?

—No digo eso, milord; mi palabra está empeñada, y la cumpliré.

—¡Ay de mí!—exclamó sir Carlos,—la desgracia consiste en que ni siquiera soy libre de cometer lo que usted llama una locura. Jamás, antes de mi mayoría de edad, permitirá mi padre que me case con otra mujer que no sea la que él me elija; y en llegando a ser mayor de edad, tendré, para casarme a mi gusto, que querellarme con él e invocar mis derechos ante la ley.

—¿Qué edad tiene usted?

—Veintidós años y medio.

—Pues bien, milord—le dije riendo,—opino, contra su parecer, que es usted muy afortunado. En los dos años y medio que faltan para llegar a la mayoría de edad, tendrá usted tiempo de convencerse de que realmente me ama, y entonces veremos.

—¿Cómo, viendo lo que sufro, puede usted tomarme por blanco de sus pullas?

—No veo lo que usted sufre; oigo lo que dice, y nada más.

—¿No da usted crédito a mis palabras?

—Recuerde lo que dice Hamlet a Polonio: ¡Palabras, palabras, palabras!

—¿Cree usted en mi honor, miss Emma?—me dijo seriamente lord Greenville.

—Más que en su amor, sir Carlos.

—¿Creería usted en mi palabra de caballero?

—Durante el lapso de tiempo necesario para que un juramento pierda su naturaleza inquebrantable.

—Se desprende, pues, que usted no cree nada.

—Sí, por cierto, creo en la versatilidad de las cosas humanas.

—Suponga usted, miss Emma, que me comprometo formalmente a casarme con usted al ser mayor de edad...

—Eso toma un aspecto más serio, sin revestir, empero, caracteres más formales.

—¿Por qué?

—Porque una mujer de mi posición no pleitea por casarse.

—Pero, ¿si yo suscribiese mi compromiso en forma tal, que, faltando a él, resultase quebrantado mi honor?

—Siendo así, valdría la pena de pensarlo.

—¿Lo pensará usted?

—Si obrase en mi poder el compromiso, tal vez...

—Está bien, hoy mismo lo tendrá usted.

—¡No me provoque usted, milord!

—Miss Emma—me dijo sir Carlos, poniéndose en pie,—la amo sobre todo lo de este mundo, y si solamente el matrimonio puede hacerla mía, usted será mi mujer.

—Y en su obsequio, milord, no abriré las cartas que reciba hoy ni mañana, a fin de que hasta pasado pueda usted cambiar de resolución. Puedo esperar veinticuatro horas, después de haber esperado dos meses.

Besóme la mano, y salió.

Todo esto pasó y fué dicho entre los dos con la mayor naturalidad y resolución.

Por lo demás, sir Carlos gozaba de una reputación de leal que no daba lugar a ninguna sospecha, no con respecto al cumplimiento de su promesa, sino en cuanto a su intención de cumplirla.

Por mi parte, yo comprendía que con mi actitud, no cedía a un cálculo de interés ni a un deseo de ambición, pero que recobraba en cierto modo la

fuerza inexplicable y desconocida que disponía de mi destino y lo empujaba adelante, haciéndome subir, cada vez que daba un paso en la vida, un peldaño de la escala social.

Es verdad que una vez había caído, y que la caída había sido profunda. Pero de ella me rehabilité, a lo menos en parte. El amor de sir Harry no era más que la apoteosis de mi belleza; el de Rowmney era la consagración del arte.

Consideraba que la historia tiene sus escalafones hasta para las cortesanas; que después de haber sido Friné, habíame trocado en Laïs, y después de Laïs, debía ascender a Aspasia.

Aspasia, amiga de Sócrates y de Alcibiades, Aspasia, mujer de Pericles, emitiendo su opinión en la vida pública de Grecia, decidiendo de las guerras de Samos, de Megara y del Peloponeso; Aspasia era algo más que una vulgar cortesana.

Pues bien, yo no sabía qué voz secreta me decía que no era bastante para mí el ser Laïs, y que sería Aspasia.

Rowmney regresó a casa. Era demasiado buen amigo para que le ocultase nada de lo que sucedía.

—Mi querido Rowmney, ¿qué consejo darías a una mujer de mis condiciones a quien se presentase ocasión de ser la esposa de un futuro par de Inglaterra?

—¡Muy bien!—exclamó Rowmney,—¿se ha declarado por fin sir Carlos Greenville?

—¿Habías sospechado su amor?

—Sí, por cierto.

—¿Y no me decías nada?

—Estaba convencido de que, llegado el momento, serías tú la que tomarías la iniciativa, hablándome de lo que ocurre.

—Mi querido Rowmney, eres un hombre admirable, y, francamente, temo que nunca tendré valor para separarme de ti.

—Persuádate de una cosa, querida Emma: nunca nos separaremos.

—Pero, si me caso con sir Carlos...

—No son los cuerpos los que se separan, sino las almas; así que, desde

el momento en que tú me guardes un recuerdo agradable, tan agradable como lo será el que yo consagraré a ti, ¿no existirá, acaso, la verdadera unión, la unión efectiva, y, como dice la Iglesia en su lenguaje simbólico, la comunión de nuestras almas? A quinientas leguas, a mil leguas, lejos el uno del otro, estaremos más juntos que ahora, que todavía no nos hemos separado.

—Eres un filósofo platónico, Rowmney.

—Los antiguos decían: «Aquellos que mueren en la juventud, son amados de los dioses». Pues bien, siempre he pensado que un amor sin mácula, intachable, sería aquel que no hubiese tenido tiempo de marchitarse, que siempre se hubiese conservado en flor, embalsamado en un recuerdo, y que, parangonado con los demás amores, conservase su juventud y lozanía como una aurora de primavera.

—Entonces, Rowmney, tu parecer es...

No terminé.

—Mi parecer, Emma, es que debes abandonararte a tu destino.

—¿Crees, pues, que algún día llegaré a ser la mujer de un Par de Inglaterra?

—Ignoro lo que serás; pero, si al cabo de una ausencia de cuatro o cinco años, a mi regreso a Londres, me dijese que eras tres veces reina, no me extrañaría. No fuera yo Rowmney, es decir, el primer pintor de Inglaterra, si no creyese en la omnipotencia de la belleza.

—Rowmney, lo que me dices, también me lo tiene dicho a menudo una voz interior; y, casi con terror lo confieso, yo creo en mi destino.

—Pues sigue ese destino, que sería una impiedad rebelarse contra él, si es la Providencia la que lo rige.

A la noche, recibí la carta de lord Greenville; pero, conforme le había dicho, no la abrí.

En su ardor, no tuvo paciencia, y vino a verme el mismo día, algo más tarde.

Le mostré la carta tal como la había recibido, o sea, cerrada todavía.

En cuanto a Rowmney, estuvo tan afectuoso con él como siempre, acaso más si cabe.

—¿A qué hora recibiré su contestación?—preguntó sir Carlos.

—Mañana, antes de mediodía.

—¡Quiera Dios que me sea favorable!—dijo sir Carlos.

Al día siguiente, rasgué el sobre que encerraba la carta, cuyo contenido decía simplemente así:

«Me comprometo por mi honor a tomar por esposa, al llegar a mi mayoría de edad, a miss Emma Lyon; y si faltare a mi palabra, me someto a ser tratado como caballero desleal.

»LORD GREENVILLE

»1.º de mayo de 1780.»

Presenté esta carta a Rowmney.

—No hay que titubear un solo minuto—me dijo.—Su fortuna va encerrada en estas líneas, y si lord Greenville no cumpliera su empeño, yo me encargaría de difamarle.

—Guarda tú este documento—dijo a Rowmney;—estará más seguro en tu poder que en el mío.

—A partir de este momento, querida Emma—dijo Rowmney guardando la carta en un cofrecito donde encerraba sus objetos más preciosos,—eres mi hermana y yo soy tu hermano. Si me sucediese alguna desgracia, procuraré que este manuscrito volviese a tus manos; por lo demás, puedes reclamarla en toda ocasión, puesto que va dirigida a tu nombre.

Me retiré a mi aposento, y escribí a sir Carlos Greenville:

«Solicite usted del ministro una licencia de ocho días; venga esta noche a buscarme, y lléveme adondequiera.

»EMMA LYÓN».

Una hora después, me entregaban este billete:

«Estaré a sus órdenes. Sólo que ha cometido usted una omisión: al pie de

Emma Lyon, debía usted haber escrito estas palabras: lady Greenville.

»El más feliz de los mortales

»C. G.»

Aquella noche, un carruaje del que tiraban cuatro caballos, rodaba por la calzada de Edimburgo. En él nos ausentábamos sir Carlos y yo; en tanto que Rowmney decía con acento de convicción a todos nuestros amigos que a la vuelta de dos años y medio volverían a verme, ostentando el nombre y el título de lady Greenville.

XXVI

Creo haber explicado lo suficiente el sentimiento que me unía a sir Carlos.

Por lo pronto, era la convicción de que me amaba de veras, la certidumbre de que me las había con un hombre honrado; luego (y acaso constituía el motivo principal) entraba esta ambición que me arrastra, que mantiene en mí el afán de los honores, del esplendor, de la riqueza. En esto me parezco a la mariposa que revolotea alrededor de la llama que debe consumirla.

Sir Carlos poseía, del patrimonio de su madre, un pequeño castillo en Escocia, sobre el Forth, entre Musselbourg y Preston-Pans, a ocho leguas de Edimburgo. En dicha propiedad hicimos alto.

Había obtenido de mister Fox una licencia de un mes, y no de ocho días, conforme era su primitiva intención. Probablemente tuvo buen cuidado en ocultar el verdadero móvil de su solicitud, tan bien acogida por el ministro.

Estas relaciones que duraron cerca de tres años y que decidieron de mi vida, son acaso, desde el punto de vista de las emociones, las más pobres en

lo que atañe a sucesos dignos de ser narrados.

Con arreglo al compromiso contraído, sir Carlos me trataba como se mira y se trata a una esposa. Por mi parte, viendo en él a mi futuro marido le consideraba como si lo fuese ya.

Comprendía perfectamente el sacrificio que se había impuesto al empeñarme su palabra de hacerme su esposa, y, por consiguiente, quería yo, sobre todas las cosas, hacerle bastante feliz para que, en los dos años y medio que faltaban para nuestra unión legítima, no tuviese ni un solo instante que arrepentirse de su promesa.

En el castillo de sir Carlos sólo permanecimos el tiempo necesario para descansar de nuestro viaje, y luego emprendimos un viaje de recreo por Escocia.

Sir Carlos me guardó toda suerte de atenciones; no habrían sido mayores las que hubiese guardado a una princesa. Mi viaje en su compañía fué un verdadero curso de historia en el cual aprendí las lenguas de Wallace y de Roberto Bruce, de Montrose y de Carlos-Eduardo; visité el aposento donde fué asesinado Rizzio, y el castillo que guardó, prisionera, a María Estuardo.

El mes transcurrió rápidamente; regresamos a Londres. En nuestra ausencia, el administrador de sir Carlos había alquilado una casa que miraba a Green Park, y en la cual nos instalamos. Con sus honorarios y su fortuna particular, sir Carlos disfrutaba de unas dos mil libras esterlinas anuales; era poco con relación al lujo que yo sostenía; pero el ministro le había prometido, caso de conservar la cartera, buscar el medio de poder aumentarle el sueldo.

Sir Carlos escribió a su tío lord Hamilton que, ligado a la suerte de Fox, permanecería en Londres mientras su amigo continuase en el Ministerio, y al propio tiempo le pedía algún apoyo de índole económica.

Sir Guillermo Hamilton le envió una libranza de mil libras esterlinas. Lord Greenville me preguntó con la mayor delicadeza si estaba dispuesta

a completar mi educación práctica y de recreo. Reconocí que el caudal de conocimientos que eran suficientes para Emma Lyon, mujer aventurera, no lo serían para milady Greenville; por lo que respondí a sir Carlos que él mismo me trazase un plan de instrucción. A partir de entonces, tuve maestro de francés, de italiano, de canto, de dibujo y de baile.

Ya se sabe cuánta era mi facilidad en aprender y que estaba dotada de prodigiosa memoria. A pesar de haber empezado simultáneamente el estudio de todas las indicadas materias, hice rápidos progresos en cada una de ellas. Mi voz era afinada; se habría dicho que la música constituía para mí un arte olvidado, y que tan sólo con simples ejercicios volvería a poseerlo. El italiano lo aprendí cantando.

Con respecto al francés, puse en su estudio tanto afán, que, todo el tiempo que me dejaban libres las demás materias, conservaba siempre en la mano un libro de prosa o de versos escrito en la lengua de Racine y de Voltaire.

Mi vida había, pues, sufrido un cambio radical; esos mil placeres que son el corolario de la vida de una mujer hermosa, habían sido reemplazados por los estudios propios de una joven reposada, y hasta de una madre de familia. Al cabo de diez meses, el nacimiento de una niña vino a imprimir a nuestra unión un sello más acabado de legitimidad.

Pero, dos meses antes, habíamos sufrido un fuerte quebranto en nuestra fortuna.

Había ocurrido lo previsto por sir Guillermo Hamilton: después de haber caído el Ministerio de Pitt, Carlos Fox, encargado, en 1782, de la cartera de Estado, firmó la paz con América y Francia; en ese triunfo creyó ver la razón y medida de un poder ilimitado, y en su indignación contra los fraudes cometidos por la Compañía de las Indias, los había públicamente denunciado en la tribuna y pedido una información; pero, habiendo fracasado en la Cámara, vióse obligado a presentar

la dimisión, y, una vez se hubo retirado del Ministerio, entró en la oposición.

Según costumbre, Greenville recurrió a su tío, asegurándole que antes de poco volvería Carlos Fox a figurar en el Ministerio, y que con ello su posición mejoraría como nunca, puesto que su adhesión al amigo no podía dejar de obtener la merecida recompensa.

Lord Hamilton envió a su sobrino una nueva libranza de mil libras esterlinas.

Con esa cantidad y los recursos particulares de sir Carlos, más los réditos de mis ocho o diez mil libras, habríamos podido vivir modestamente en espera de días mejores, y a ese fin tendrían todos mis esfuerzos; pero, sea que realmente creyese en la subida de Carlos Fox, sea que sus hábitos de dilapidador ejerciesen más fuerza en él que los consejos de la razón, ello es que continuamos llevando la misma vida.

Y resultó que no tardamos en tocar el fondo de nuestro bolsillo.

En semejante circunstancia, sólo me quedaba un recurso: poner mi pequeña fortuna a disposición de aquel cuyo nombre iba yo a llevar muy en breve.

Y así lo hice.

En el transcurso de un año y medio desapareció mi capital.

Por tercera vez, sir Carlos escribió a su tío; pero la petición no fué atendida, si bien le invitaba a reunirse con él, en las condiciones que anteriormente le había ofrecido.

Esa partida habría sido nuestra separación eterna; sir Carlos no pensó en ella ni un solo instante.

Nuestra prole había crecido; la componían dos niños, y, al crecer la familia, había también aumentado nuestra penuria.

Es verdad que a la vuelta de tres meses sir Carlos iba a entrar en su mayoría de edad y que sin duda alguna cumpliría acto continuo su promesa. Yo pasaría a ser lady Greenville, lo cual cambiaba en cierto modo nuestra posición, pero no el estado de nuestras arcas.

Nuestra penuria iba degenerando en miseria.

Yo no sé describir estas situaciones en que el orgullo, las costumbres, los instintos entran cada día en lucha con la necesidad.

No podía dejar de estar reconocida a sir Carlos, que sufría todas las adversidades en aras del amor que me profesaba; pero su tristeza, su abatimiento, sus pesares no eran un secreto para mí. Vencí su resistencia a escribir por cuarta vez a su tío, y le escribí.

La respuesta de lord Hamilton fué para nosotros un golpe terrible.

Decía que, habiéndose informado acerca de su situación, había sabido que las causas de sus apuros procedían del amor depositado en una cortesana indigna de su amor; anunciaba su próxima venida a Londres, diciendo que quería formarse por sí mismo un juicio de los hechos, y que su futura conducta dependería del resultado de su investigaciones.

Sin embargo, añadía, en postdata, que, si era de su agrado aceptar las proposiciones formuladas en anteriores ocasiones, no tenía más que emprender su marcha a Nápoles, dejando en Londres a aquella mujer indigna de él, en cuyo caso, no quedaría abandonada, por cuanto estaba dispuesto a atender a su subsistencia.

Debo declarar en honor de sir Carlos que esta carta, a la que ni siquiera contestó, le produjo más enfado que pesadumbre.

Pero los sentimientos generosos no modificaban mucho ni poco nuestra situación. Después de habernos privado de lo superfluo, nos vimos en el trance de tener que privarnos de lo necesario; habíamos vendido todas nuestras joyas; debíamos un año, o más, de inquilinato, y, desahuciados ya por falta de pago, estábamos amenazados de ser lazados a la calle, junto con nuestros hijos.

Nos encontrábamos en esa situación extrema en que hasta se llega a desear que sobrevenga una nueva desgracia, considerando que ninguna, por cruel que fuere, puede empeorar la situación presente.

Cuando menos lo pensábamos, supimos que sir Guillermo Hamilton se encontraba en Londres en su hotel de Fleet street, hacía ocho días.

No habíamos sido prevenidos de su llegada. Seguramente sir Guillermo había empleado ese tiempo en hacer averiguaciones respecto a nosotros, lo cual equivalía a ser amenazados de una gran desgracia.

Apenas tuvo sir Carlos noticia de la presencia de su tío en Londres, tomó una resolución rápida.

—Mi querida Emma—me dijo,—exceptuando una separación, nada puede hacernos más desgraciados de lo que ahora somos; pues bien, nuestra suerte está en tus manos.

Yo le miré asombrada.

—Escucha—continuó,—conozco a mi tío; es un arqueólogo devoto de toda belleza plástica; se pasa la vida entre los más admirables mármoles de Grecia. Ahora bien: yo no sé de ninguna estatua, ni aun siendo del propio Praxíteles, que te iguale en belleza. Preséntate a mi tío, arrójate a sus pies, aboga por nuestra causa, y podemos darla por ganada.

Miré a sir Carlos sin poder volverle mi asombro ante semejante proposición.

—¡Cómo!—repliqué,—siendo yo el blanco, el motivo de su enojo, ¿cómo quieres que me exponga a su cólera?

—Está enojado contigo, querida Emma, porque no comprende mi amor, y no lo comprende porque no te conoce. Pero, cuando te haya visto una vez sola, cuando oiga el acento irresistible de tu voz, cuando tus lágrimas hayan corrido suplicantes, lo comprenderá todo y perdonará.

Sacudí la cabeza. Sentía una viva repugnancia en aventurarme en aquella tentativa.

—En este caso, no nos queda más remedio que resignarnos con nuestra suerte—dijo sir Carlos,—porque estoy convencido de que no obtendré nada de mi tío, que está esperando mi visita, aperebido contra mí, en tanto que tú...

—Oye—repuse,—no quisiera que te

asaltase la idea de que, habiendo podido corresponder a tu cariño, he rehusado por considerar humillante el medio de hacerlo. Déjame tiempo hasta mañana, para prepararme a esa entrevista, y mañana iré.

—Harás lo que quieras, Emma—respondió sir Carlos,—pero creo que el tiempo vuela y que es imprudente el perder un solo minuto. De hoy a mañana, lord Hamilton puede anticiparse a nosotros, y conviene que sea lo contrario, que nos anticipemos nosotros a él. Ponte el vestido más sencillo; nunca estás más hermosa que ataviada con sencillez. Llégate a Fleet street (todo el mundo conoce el hotel Hamilton), entra resueltamente, habla con el corazón en la mano, en tu nombre, en el mío, en el de nuestros hijos: Dios hará lo demás.

Sir Carlos hablaba con tal convicción, que empecé a darme por vencida. Solicitando un plazo hasta el día siguiente, había hecho lo que hace el condenado que implora una dilación; había probado a retardar el instante supremo, pero, formada ya una resolución, lo mismo daba llevarla a término acto continuo.

Me fuí, pues, a mi gabinete con la entereza que comunican las resoluciones desesperadas; me vestí las prendas más modestas de mi ajuar; me até los cabellos (que nunca llevaba empolvados) con una simple cinta; me toqué con un amplio sombrero de paja; echéme sobre los hombros una pequeña manteleta, y volví a reunirme con sir Carlos.

Al ruido que hice entrando en el cuarto donde estaba, levantó la cabeza y lanzó un grito.

—¡Oh!—me dijo,—nunca has estado tan hermosa, querida Emma. ¡Estamos salvados!

XXVII

A pie, para mostrarme sencilla en todo, me dirigí a Fleet street.

Sir Carlos tenía razón: no tuve más que preguntar por el hotel de sir Guillermo Hamilton para que me lo indicasen.

Al llegar junto a la puerta, me sentí desfallecer; me apoyé en la pared y procuré serenarme.

Lord Hamilton estaba en casa.

Un lacayo me pidió el nombre, para anunciarme. Temí que, si lo daba, me prohibirían la entrada.

—Diga usted solamente a sir Guillermo—respondí,—que una señora desea hablarle.

Aunque ya había cumplido veinticuatro años, parecía tan joven, que el criado, resistiéndose a reconocerme como *señora*, me anunció como una *joven*.

Oí la voz de sir Guillermo que decía:

—Que entre.

Puse la mano sobre mi corazón para comprimir sus latidos.

El lacayo me franqueó la puerta e invitóme a entrar.

Sir Guillermo estaba sentado ante una mesa corrigiendo las pruebas de su obra intitulada *Observaciones sobre el Vesubio*.

Yo permanecí de pie en el umbral, esperando que levantase la cabeza.

Por fin, advirtió mi presencia; quedó un instante inmóvil y mirándome.

Luego se levantó, dando un paso hacia mí.

—¿Qué se le ofrece a usted, hija mía?—me preguntó.

Me faltó la voz y caí desvanecida.

Viendo la palidez de mi rostro y el temblor de mis miembros, tocó el timbre, y el ayuda de cámara se presentó.

—¡Esta joven se encuentra mal!—exclamó sir Guillermo; —¡ayúdame!

El sirviente obedeció, y entre los dos me colocaron en un canapé. Con el movimiento, se me soltó el sombrero y los cabellos se desdoblaron.

—¡Sales, que traigan sales!—pidió sir Guillermo.

El criado salió corriendo y volvió con un frasco de sales, que lord Hamilton me hizo aspirar.

Abrí los ojos que mantenía cerrados, debido más al miedo que a mi desfallecimiento.

—¡Ah, milord—murmuré,—cuán bueno es usted!

Y me arrojé a sus pies.

El me miró con creciente asombro.

—Es preciso que usted venga a pedirme alguna cosa imposible, señorita,—me dijo,—para que dude de obtenerla.

Apoyé mi cabeza entre ambas manos, y rompí a llorar.

—¡Oh, milord, milord—sollocé sin levantar la cabeza;—si usted supiese quién soy!

—¿Quién es usted?

—El ser que más odia usted en el mundo.

—Yo no odio a nadie, señorita—replicó sir Guillermo.

—Pues, en tal caso, el ser que mayor desprecio le merece.

Se llevó la mano a la frente.

—¡Emma Lyon!—balbucí!

—¡Imposible!—exclamó retrocediendo;—¡imposible!

—¿Por qué es imposible, milord?

—Una mujer perdida no puede tener semejante rostro.

—Un corazón generoso como el de su sobrino, milord, no se habría entregado a una mujer perdida.

—¿Es verdad lo que me han dicho, o es un tejido de mentiras?

—¿Qué le han dicho a usted? Estoy pronta a responderle francamente. En mi situación, la primera de las virtudes es la franqueza.

—Hanme dicho que su madre era una moza de labranza y que usted había guardado rebafios...

—Es verdad, milord.

—Que más tarde había sido criada de servicio en una pequeña población de provincias...

—También lo es.

—Que usted había venido a Londres; que había encontrado asilo en casa de un excelente sujeto, el médico Hewarden, que le encontró colocación en una joyería, pero que usted, con sus malévolas inclinaciones, dejó presto esa colocación.

—Todo eso es verdad.

—Ahora, sin duda, empieza la calumnia. Fué usted la querida de sir Juan Payne, de sir Harry Featherston...

Hice simplemente un signo afirmativo de cabeza.

—Luego, descendió usted todavía más. Se constituyó en la cómplice del charlatán Graham, vino a ser la amante de Rowmney, y finalmente la de mi sobrino, a quien, según se dice, no se entregó usted sino a condición de que la haría su esposa y sólo después de haberle obligado a firmar una promesa de casamiento, documento que le permite a usted retenerle esclavo suyo.

—Pido a usted diez minutos para sincerarme—respondí.

Y poniéndome en pie, me precipité fuera de la habitación.

—¿Dónde va usted—gritó sir Guillermo,—dónde va usted?

—Vuelvo en seguida, milord.

Bajé la escalera, volando, que no corriendo, y tomando el primer coche de alquiler que pasaba, grité:

—¡Cavendish square!

Cinco minutos después llegaba a casa de Rowmney.

Afortunadamente, no había salido.

—¡El compromiso de casamiento de lord Greenville!—exclamé;—entréguemelo, mi querido Rowmney.

—¿Qué le sucede, qué pasa, mi pobre Emma?

—Nada... El documento, por favor. ¡Pronto... pronto!

Rowmney corrió hacia un armario, abrió el cajón y me devolvió el compromiso de matrimonio de lord Greenville.

—Toma—dijo Rowmney.—¿Pero, no quieres consultarme acerca de lo que te propones hacer?

—Cuando se trata de asuntos que

afectan a la dignidad, no se consulta más que a la propia conciencia. Gracias Rowmney.

Salté precipitadamente, y me hice conducir al hotel Fleet street; subí la escalera con igual celeridad, y encontré a sir Guillermo que se paseaba cabizbajo y a grandes pasos.

No le di tiempo de interrogarme, y le mostré el compromiso suscrito por sir Carlos.

—¿Qué es esto?—me preguntó.

—Dígnese usted leer.

Sir Guillermo leyó:

«Bajo palabra de honor, me comprometo a tomar por esposa a miss Emma Lyon, al llegar a mi mayoría de edad; y, si faltase a la palabra empeñada, consiento en que se me califique de mal caballero.

»LORD GREENVILLE.

»1.º de mayo de 1783.»

—¿Y qué?—dijo.—Ya sabía que este compromiso existía.

—Se equivoca usted, milord; este compromiso ya no existe.

Y, acercándome al fuego, tiré el papel a las llamas.

—¿Qué hace usted?—preguntó sir Guillermo.

—Nada sujeta ya a su sobrino, milord—respondí.—Ahora, es usted quien debe conseguir de él que me abandone.

Y, sin responder a su voz que me llamaba, salté de la habitación y regresé a mi casa.

Sir Carlos esperaba lleno de ansiedad.

—¿Qué ha ocurrido?—preguntó, viéndome agitada y el semblante encendido.

Le conté, con todos los detalles, mi entrevista con su tío.

—¿Conque, has quemado mi compromiso de casamiento?

—Sí, lo he quemado, lo cual te devuelve la libertad.

—Ello se reduce, mi querida Emma, a un cambio de forma: la deuda escrita ha pasado a tomar un carácter de deuda de honor. Eso es todo.

—Oyeme, Carlos, y reflexiona maduramente. Te encuentras en uno de esos momentos de la vida en que se decide el porvenir del individuo. Si me abandonas, todo el mundo aprobará tu proceder, y, además, tu porvenir quedará asegurado; si, al contrario, te obstinas en vivir conmigo, la sociedad te rechaza y lord Hamilton te deshereda. Materialmente, tú no puedes vivir conmigo, y materialmente yo no puedo vivir sin ti. En siendo rico, me devuelves las diez mil libras que hemos gastado juntos, procura obtener de tu tío que vele por la suerte de nuestros hijos, y ellos y yo viviremos; en cambio, siendo tú pobre, tu pobreza se extenderá a nosotros, y llegará inevitablemente un día en que te arrepentirás de tu amor y en que nuestros hijos me echarán en cara su desgracia.

—¡Basta, Emma, basta!—exclamó sir Carlos, abrazándome como para impedir que me separase de él.—Será lo que Dios quiera, pero ningún humano poder podrá separarnos.

Apenas proferidas estas palabras, lanzó un grito. La puerta del cuarto se abrió; su tío, que había subido sin permitir que le anunciase y sin que nosotros le viésemos, estaba de pie en el umbral y había oído lo que habíamos hablado.

—¡Mi tío!—gritó sir Carlos, dando un paso atrás.

—Ya ve usted, señor—dije a lord Hamilton,—que yo hago cuanto está a mi alcance y que no es culpa mía.

—Déjeme usted solo con esta joven, caballero—dijo sir Guillermo a su sobrino.

Sir Carlos saludó respetuosamente, y salió.

Lord Hamilton se acercó a mí y me tendió la mano.

—Estoy contento de usted, señorita—me dijo,—y espero que perseverará en la actitud que ha tomado.

—Perdón, señor—le respondí,—pero ya ve usted que no necesito de sus consejos; creo que los de mi conciencia bastarán.

—¡Muy bien! Pero, según he oído, tienen ustedes hijos.

—Ese es asunto aparte, y mi deber

de madre me obliga a recomendarlos a usted.

—Conforme decía usted, mi sobrino le debe diez mil libras esterlinas.

—Es posible, señor, pero ésa es cuestión entre su sobrino y yo.

—Si mi sobrino se aviene a dejarla a usted, triplicaré esta suma.

—No presto con usura ni mi dinero ni mi amor.

—¿Pero, qué hará usted con doscientas o trescientas libras de renta?

—Procuraré utilizar mis aptitudes.

—¿Dará usted lecciones?

—¿Por qué no?

—¿Qué lecciones?

—De francés e italiano.

—¿Habla usted estos idiomas?

—Sí.

Sir Guillermo me dirigió la palabra en ambas lenguas; yo contesté con la suficiente corrección para que pudiese quedar satisfecho.

—A juzgar por el piano y el harpa que aquí veo, colijo que también es usted instrumentista.

—En efecto, tocó estos dos instrumentos.

—¿Sería indiscreción pedirle que se dejase oír?

—Tiene usted el derecho de exigir, señor.

—¿Y si en vez de exigir, me limitase a suplicar?

—En tal caso, se servirá usted excusarme si le canto algo en armonía con el estado de mi corazón.

—Cante usted lo que guste; sea la canción que fuere, la escucharé con agrado.

Confieso que en aquella situación eché mano del arte de la coquetería.

Como no podía adivinar el sentimiento que impulsaba a sir Guillermo a dirigirme esta serie de preguntas, sólo vi el lado insensible y egoísta, y me parecía que había crueldad en rogar-me que cantase en semejante coyuntura; por lo que, obligada a obedecerle, quise a lo menos sacar todo el partido posible de mi obediencia en provecho de nuestro amor.

Llamé en mi ayuda a todos los recursos mímicos de que la naturaleza me había dotado; tomé asiento frente

a mi harpa, y, la frente apoyada en ella, sueltos al aire mis cabellos que me caían sobre los hombros, desesperada y quejumbrosa como Desdémona, recorrí las cuerdas del instrumento arrancando algunos acentos lastimeros y entoné una emocionante balada del *Sauce*.

En casa de sir Harry y en la de Rowmney, había cantado con frecuencia esta poética queja, y siempre con grande éxito; pero esta vez, más que ninguna otra, me sentía conmovida.

Hice una pausa. Observé que sir Guillermo tenía el alma entera suspendida de mis labios.

Continué:

«Un cristalino arroyo murmuraba en el erial—antes de perderse en el desierto...—del verde sauce tejeré mi guirnalda.—¡Canta, canta, sauce verde!»

Me detuve pensando haber dado a sir Guillermo una prueba suficiente de mis talentos musicales y mímicos.

—¡Oh, por favor, continúe!—me dijo.

Continué la melancólica canción. Y después de haber arrancado al harpa su grito más doloroso, dejé morir lentamente sus acordes como un suspiro postrero.

Conmovida, anhelante, la cabeza inclinada sobre el hombro, yo esperaba nuestra salvación o nuestra condena.

—Señora—me dijo sir Guillermo,—ahora comprendo la adoración que mi sobrino siente por usted. Dígame que le ruego vaya a hablarme mañana.

Y saludándome respetuosamente, se retiró.

No bien hubo traspasado la puerta, sir Carlos, que desde el dormitorio todo lo había visto y oído, entró precipitadamente en el salón, y abrazándome, llenos de alegría los ojos y de esperanza el corazón, exclamó:

—¡Bien lo sabía yo que tú serías nuestra salvación!

XXVIII

Fácilmente se comprenderá las emociones que aquel día experimenté. Sir Carlos alimentaba una esperanza de la que, sin poder explicármelo, no podía yo participar.

Parecíame que algo desconocido se ocultaba tras la aparente derrota de sir Guillermo. A todo lo que lord Greenville me decía, a todos sus proyectos, yo respondía:

—Mañana lo veremos.

Llegó el esperado mañana.

Sir Guillermo Hamilton no había indicado hora. A las nueve de la mañana, sir Carlos se encaminó a su casa.

Me quedé esperándole, y esperé una hora, que me pareció un siglo.

Al cabo de este tiempo, sir Carlos regresó a casa. Al verle, adiviné que ninguna de sus esperanzas se habían realizado. Estaba pálido y completamente abatido.

—¿Y qué?—le pregunté temblando. Sacó una carta de su bolsillo.

—¡Inflexible!—me respondió;—exige nuestra inmediata separación.

—¿No lo decía yo?

—Si la aceptamos—prosiguió diciéndome sir Carlos,—asegura quinientas libras esterlinas a cada uno de nuestros hijos, una renta revertible en caso de muerte; a mí, me señala una pensión de mil quinientas libras, y te devuelve las diez mil libras esterlinas que hemos gastado juntos.

—¿Y cuál ha sido tu respuesta?

—He rehusado.

—¿Qué carta es ésa?

—Una carta para ti.

—¿De tu tío?

—De mi tío.

—Leámosla.

—Va dirigida a ti, y he prometido que tú sola la leerías.

—Dámela.

—¿Quieres que te diga una cosa?— añadió sir Carlos mirándome tristemente.

—¿Qué cosa?

—Mi tío está enamorado de ti.

Yo me estremecí.

—Estás loco, Carlos.

—Lo juraría.

Incliné la cabeza sobre mi pecho.

Un rayo de luz acababa de iluminar mi mente.

Recordé la escena del día anterior, las miradas de sir Guillermo llenas de admiración, su voz tierna y acariciadora.

Con la carta en la mano, me acerqué a la chimenea, resuelta a arrojarla al fuego.

Sir Carlos me detuvo.

—Emma—me dijo, con firme acento,—ayer eras tú la que me infundías ánimo y era yo el que se resistía a todo cuanto me decías relacionado con el interés de nuestros hijos y el mío; hoy, soy yo quien te hablo y digo lo que vas a oír: Emma, lee esa carta y medita bien las proposiciones en ella contenidas, pues tengo la certidumbre de que encierra proposiciones, y no otra cosa. El instante es decisivo, y si ayer me creía en el derecho de disponer de mi destino y del de mis hijos, no creo que me asista ahora el de disponer del tuyo, ni la facultad de ser un obstáculo a tu porvenir y a tu felicidad.

Le miré con asombro; pero, conociendo la generosidad de su corazón, no me inspiró la menor duda el verdadero móvil de sus palabras.

—He prometido a mi tío—continuó,—dejarte en toda libertad de leer esta carta. Lee, querida Emma, y si, conforme creo firmemente, es el ultimátum de sir Guillermo Hamilton, decide de nuestra suerte.

Y, con los ojos arrasados en lágrimas, abrazóme y se fué a la alcoba, dejándome sola en el salón.

Permanecí unos instantes en pie, temblando y llena de sudor, y luego me desplomé sobre un sillón. Comprendía, en efecto, que el destino de todos nosotros dependía de mí. Abri la carta;

pero una nube obscurecía mis ojos, y al pronto no pude leer.

Poco a poco los caracteres se hicieron más visibles, mi vista se esclareció, y leí:

«Señorita:

»Desde ayer, he reflexionado con toda la serenidad y con todo el sosiego que es posible conservar después de haberla visto a usted, aun tratándose de un hombre de mi edad.

»La pasión de mi sobrino me la explico considerando las cualidades que adornan a usted, y sus méritos y el encanto de su persona; comprendo, no solamente que se sienta amor por usted, sino también que ese amor sea eterno.

»Pero, existen en la vida ciertos fatalismos contra los cuales sería insensato el querer luchar, puesto que todo humano esfuerzo se rompería sin poder vencerlos. Esa fuerza irresistible se ha manifestado ayer estando juntos, y está encerrada en las confesiones que tuvo usted la franqueza de hacerme.

»Medite usted, y dígame si es posible que, en la misma ciudad que sucesivamente ha visto en usted a la querida de sir Juan Payne y de sir Harry Featherston, a la asociada de Graham, a la modelo de Rowmney, dígame usted si es posible que pueda ser en Londres la esposa de sir Carlos Greenville, sin exponerse a topar a cada paso con un recuerdo de ese pasado, contra el cual nada puede el arrepentimiento, y que no lograría borrar ni el mismo poder de Dios.

»Su matrimonio con mi sobrino, en el supuesto de que yo lo autorice y asegure su posición, equivale a su infortunio y al de sus hijos.

»Tiene usted veinticinco años—lo sé por usted, que yo solamente le atribuía diez y ocho;—tiene usted veinticinco años, mi sobrino, veinticuatro; es, pues, un año más joven que usted, y empieza para él la edad de las pasiones. Por hermosa, por seductora y perfecta que usted sea, ¿acaso no es posible que llegue un día en que la abandone y le exprese su disgusto por el

sacrificio que creará haber hecho en aras de usted?

»Soy el primero en reconocer que, si se casan ustedes en las actuales circunstancias, el sacrificio será de parte de usted; así lo siento y lo declaro; pero, a los ojos del mundo, el sacrificio será para él.

»He aquí lo que paso a proponer a usted: en vez de ser mi sobrina, sea usted mi hija.

»Viudo y sin hijos, estoy solo en el mundo; mi sobrino, separado de mí desde su juventud, viene a ser un extraño para mí. Le quiero por el amor que yo profesaba a mi hermana, y no por el que me haya podido inspirar directamente; a su vez, y sin que él se dé cuenta, mi sobrino no siente por mí sino un afecto cuyo móvil es el cálculo de los beneficios que puedo proporcionarle.

»Si usted se aviene a ser mi hija adoptiva, todos esos obstáculos que se oponen a una vida tranquila y dichosa para usted, en Inglaterra, desaparecerán por sí mismos, como desaparece la estela de un navío que pasa de un mar a otro mar. La llevo conmigo a Nápoles, donde nadie la conoce, donde nadie la ha visto, donde no se llama usted ni Emma Lyon, ni miss Hearste, donde no es usted ni la manceba de Payne, ni de Featherston, ni la compañera de Graham, ni la modelo de Rowmney; donde es usted, con el nombre que más le agrada, mi hija adoptiva, mi muy querida hija.

»Nada digo de mi fortuna. Mi renta es de siete mil a ocho mil libras esterlinas, sin contar lo que me produce mi cargo de embajador, que no baja de cinco mil libras anuales. De esta fortuna, hago tres partes: una para usted, otra para mi sobrino y otra para sus hijos.

»Cuento ya cincuenta y ocho años; tengo necesidad de cuidados, de amistad, ya que no de amor; necesito que se me ame como se ama a un anciano. ¿Cuánto tiempo puedo vivir aún? Seis, ocho años, quizás diez. Considere usted cuán velozmente transcurren diez años a su edad; pues, en el caso más desgraciado, dentro de diez años, esto

es, a los treinta y cinco, en que la mujer aparece todavía en el apogeo de su vigor y de su belleza, se encuentra usted libre, rica y—permítame usted que añada sin el más leve átomo de intención mortificante—purificada por su abnegación.

»Vivo en Nápoles, una de las más hermosas ciudades del mundo, y todo me hace creer que viviré allí hasta el día de mi muerte; soy amigo del rey y de la reina; me muevo en el seno de una sociedad, en la que prontamente ocupará usted el sitio preeminente a que tiene usted derecho por su belleza, por sus talentos, en fin, por su condición superior; esa sociedad, la forman todas las aristocracias, desde la aristocracia de la sangre a la aristocracia del genio; y, por último, séame permitido decir que, esclava del pasado, aquí, será usted allí la reina del porvenir.

»Ahora, queda impuesta de cuanto dejo dicho. Reflexione. Espero su respuesta con más impaciencia que si fuese un joven enamorado: espero con la impaciencia de un viejo egoísta.

»Por lo demás, cualquiera que sea su contestación, ella no será óbice a los sentimientos afectuosos, a la estimación que usted me inspira.

»GUILLERMO HAMILTON.»

Esta carta tan sencilla, tan noble, tan digna, me conmovió profundamente. Incliné la cabeza sobre mi pecho, y caí en hondas meditaciones.

Cuando levanté la cabeza, sir Carlos estaba en pie delante de mí. En su sonrisa melancólica, se comprendía fácilmente que adivinaba lo que por mi alma pasaba.

Le tendí la carta.

—Lee—dije.

Empezó a recorrer su contenido.

—No—objeté con viveza;—no en mi presencia. Léela a solas, como lo acabo de hacer yo. Después de todo, cumple reconocer que tu tío posee un corazón muy noble.

Sir Carlos se fué a su cuarto, y yo me quedé sola de nuevo en el salón.

¿Sola?... ¡Oh, no! La carta de sir Guillermo lo había poblado de un mun-

do de fantasmas. Una vez más la suerte, el azar, el destino, la fatalidad, la Providencia parecía querer disponer de mí, sin consultar mis propios deseos, sin dejar campo a mi libre albedrío. No podían ocultárseme la fuerza y la verdad de los razonamientos de sir Guillermo Hamilton referentes a mi casamiento con su sobrino; todas esas ideas me habían asaltado más de una vez, y conforme veía acercarse el objeto creado por mi ambición, decrecían, en realidad, mis deseos de alcanzarle.

Al contrario, el horizonte que ante mí abría sir Guillermo, resplandecía con todos los fulgores de aquel sol del Mediodía que hasta entonces no había entrevisto más que en las estrofas de Tasso y Ariosto. Mi funesta imaginación, siempre dispuesta a arrastrarme hacia el mundo sin límites de la fantasía, descubría los más resplandecientes espejismos. La diadema de reina de la sociedad que se había desprendido de mi cabeza con la partida de sir Juan, el abandono de sir Harry, la ruina de sir Carlos, todo sería reconquistado con creces, de un modo más amplio, más elevado, a favor de la posición que ocupaba en la diplomacia sir Guillermo Hamilton.

Si un embajador no es un rey, es la representación de la realeza; la más exigente ambición femenina puede contentarse con el título de embajadora. Es verdad que, siguiendo a sir Guillermo Hamilton, mi condición sería, no de embajadora, sino simplemente de hija adoptiva de un embajador, lo cual era bien distinto, ya que el fastidio, el capricho, la fantasía de un viejo, podía en cualquier momento, al cansarse de mí, dejar caer nuevamente a la hija adoptiva, puesto que nada garantizaba la adopción, al nivel de Emma Lyon y aun de miss Hearte.

No para hija adoptiva, sino para mujer debía haberme solicitado sir Guillermo.

A este pensamiento, cruzó por mis ojos una imagen deslumbradora.

¿Por qué mi espíritu se sentía deslumbrado? ¿Por ventura no era la parentela de lord Greenville tan ilustre

como la de lord Hamilton? ¿No descendía de los Warwick, o cuando menos, no pertenecía a esa familia, cuyo fundador había sido el famoso conde Ricardo Nevil, denominado el fabricante de reyes? Sir Guillermo pertenecía a una buena familia de Escocia; helo aquí todo. Luego, si un Greenville, esto es, un Warwick, se había dignado empeñarme su palabra, ¿por qué sir Guillermo Hamilton, que, si bien era rico y ocupaba una brillante posición, no poseía los mismos atractivos de aristocracia y de juventud que su sobrino, por qué, repito, podía sir Guillermo resistirse a hacer lady Hamilton a la que con una sola palabra podía ser lady Greenville? ¿Habíame jamás detenido en mi marcha ascendente? ¿No habían sido siempre mis caídas algo providencial que me remontaba a regiones superiores?

Siendo casi lady Greenville, ¿había más distancia hasta ser lady Hamilton, de la que hubo entre la querida de Rowmney y lady Greenville?

Yo sería la una o la otra; decididamente, sería lady.

XXIX

Había permanecido más de una hora bajo la influencia de esas reflexiones; el reloj, dando horas, me sacó de mi abstracción.

Levanté los ojos, buscando a sir Carlos.

Había tenido tiempo suficiente de leer la carta de su tío. ¿Por qué no había vuelto a mi lado, a hablar de su contenido conmigo?

Me levanté para ir a su lado, y fui me al dormitorio. Lo encontré vacío, lo mismo que el cuarto de vestirse.

¿Había salido sir Carlos?

Miré en torno mío para dar con la llave del enigma, y sobre el bufete

vi desplegada la carta de sir Guillermo.

Junto a la carta había estas líneas de lord Greenville:

«No me engañaba, Emma; mi tío está prendado de ti. No quiero, por la influencia que puedo ejercer en tu corazón, influir en tu destino. Durante ocho días, no volveré a esta casa, y es muy probable que, a mi vuelta, no te encuentre.

«Pero, por el porvenir de nuestros hijos, por nuestro honor, no seas menos que lady Hamilton.

«CARLOS GREENVILLE.»

Así que, también él había visto el camino que se me abría y creído que podía yo pretender alcanzar las alturas que al principio me deslumbraron y que poco a poco me acostumbré a mirar como el águila mira el sol, sin pestañear.

Cogí la pluma y escribí:

«Milord:

«He comunicado a lord Greenville la carta con que se ha dignado honrarme usted.

«Ha abandonado acto seguido la casa, diciéndome que no volvería hasta dentro de ocho días, a fin de dejarme en completa libertad de decidir de mi suerte, de la suya y de la de nuestros hijos.

«Estoy, pues, en el caso de responderle, milord, y lo haré con la franqueza que hasta ahora he usado.

«¿Cómo puedo yo ser digna de llamarme hija adoptiva de Guillermo Hamilton, siendo indigna de ser su sobrina?

«No, milord, hay una cosa más sencilla que todo esto: consiste en no ser ni su sobrina ni su hija, y continuar simplemente Emma Lyon.

«Soy yo la que abandono Londres. Hace dos años, pasé tres meses (acaso el período más feliz de mi vida) en una pequeña y encantadora ciudad llamada Nutley. Vuelvo a ella.

«Conforme a la voluntad de sir Car-

los, a quien prometo a usted no volver a ver y a quien dejo completamente libre de su destino, vivirá allí sola, entregada a la educación de nuestros hijos.

«Estos niños, milord, se los he recomendado a usted; por consiguiente no debo inquietarme por ellos.

«Me había equivocado, milord, cuando creí que podía ser una esposa honesta, buena madre y labrar la dicha de un gentilhombre. Pero usted también se ha engañado, al suponer que yo podía, perdiendo una posición falsa, aceptar una posición más falsa todavía.

«Mi posición, como amante de lord Greenville se había formado en Londres; ¿quién me asegura que llegaría a formarme la de hija adoptiva suya en Nápoles?

«No, milord, no es para mí tanto honor. Nacida en la obscuridad, en la obscuridad moriré; los días de esplendor, no han sido los más felices de mi vida.

«Adiós, milord. Busque usted para su sobrino una esposa noble y pura; hágala su hija adoptiva, y deje a la pobre Emma en su miseria y en su deshonor.

«Me considero su servidora y no ambiciono otro título de usted.

«EMMA LYÓN.»

Mandé llevar inmediatamente esta carta a sir Guillermo Hamilton, y me puse a hacer los preparativos de marcha.

Apenas la recibió, vino corriendo a mi casa.

Encontróme ocupada llenando y cerrando baúles.

—¿Conque habla usted en serio?— exclamó.

—No puede ser más serio—respondí.—Considero que no puede usted suponer que yo me atreva a bromear con usted.

—¿Y si su carta no me hubiese encontrado en casa, y en vez de venir en seguida no hubiese venido sino de aquí a dos horas?...

—No me habría usted encontrado.